

Niñez y masculinidades tradicionales en los campos de cultivo de la caña de azúcar

González-Román, Fabiola, Murillo-Beltrán, Arturo y Hernández-Montoya, María Elena

F. González, A. Murillo y M. Hernández

fabiolagr@gmail.com

L. Cayeros & J. Marín (eds.) Ciencias Estudios de Género. Handbook T-I. -©ECORFAN, Tepic, Nayarit, 2016.

4 Introducción

La identidad es un proceso que se construye a partir de conocimientos del entorno de vida y de las experiencias cotidianas surgidas de la interacción con las personas del grupo familiar y con otras personas del entorno social y cultural. En la niñez esas interacciones con los otros son primordiales en el marcaje identitario. El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre la conformación de la identidad masculina en los niños cortadores de caña de azúcar. La cotidianidad de la niñez, las enseñanzas y experiencias adquiridas en los cañaverales y, en definitiva, la forma de vida moldeada a través del trabajo en este cultivo permite observar los procesos de construcción de la masculinidad. Para estos fines se toma como referente el trabajo de campo realizado en los albergues cañeros de Nayarit.

4.1 Sobre el Cultivo de la caña y la migración para el corte

Ser cortador de caña es una forma de vida. La migración es parte constitutiva de este proceso ya que es un transitar de ida y vuelta. De la industria cañera viven miles de personas. La zafra de la caña constituye la principal forma de vida de muchas familias rurales que cada año viajan para contratarse como jornaleros en dicho cultivo. Se trasladan durante seis o siete meses a poblaciones cañeras de distintos estados. En México el cultivo se desarrolla principalmente en quince estados. La zona de producción más grande es la del Golfo de México, que comprende a los estados de Veracruz con 25 Ingenios, Oaxaca con 3 ingenios y Tabasco con 4 ingenios. En la zona del Pacífico los mayores productores son el estado de Jalisco y Nayarit, unidad de análisis de este trabajo. Esta zona produce el 22% del total nacional de azúcar (Zafranet, S/F).⁷

La Región Cañera Occidente está conformada por los ingenios Bellavista, José Ma. Morelos, Melchor Ocampo, San Francisco Ameca, Tala y Tamazula, en el estado de Jalisco; Lázaro Cárdenas, Pedernales y Santa Clara, en el estado de Michoacán; El Dorado, La Primavera y Los Mochis, en el estado de Sinaloa; El Molino y Puga, en el estado de Nayarit y Quesería, en el estado de Colima.

La industria azucarera en México es muy importante en el desarrollo agrícola e industrial. Para la zafra 2014-2015 requirió una superficie cultivada del orden de 783,515 hectáreas, con una producción promedio de 5, 984, 961 toneladas de azúcar, cuyo valor monetario es aproximadamente 45 mil millones de pesos (FIRA, 2015).

De forma específica para Nayarit, aunque no exclusiva, cada año el corte de la caña induce migraciones regionales, principalmente de la zona serrana del estado; e interestatales, entre las que destacan Guerrero y Oaxaca. La mayoría de los migrantes viajan en grupos familiares, ya que cada miembro desempeña un rol esencial para la subsistencia familiar a través del trabajo en este cultivo.

El estudio de estas familias jornaleras es fundamental para comprender cuestiones culturales, vinculadas a las costumbres y al mantenimiento de la tradición construida con relación al trabajo en el cultivo de la caña. Sobre ésta última dimensión es que se torna importante, visualizar la importancia del trabajo infantil en la zafra cañera.

Para que ello sea posible, desde la primera infancia se va conformando una relación de amor al trabajo; los niños aprenden a afilar los machetes, las niñas aprenden a preparar el lonche y organizar y realizar actividades relacionadas con la reproducción del trabajo. Esa división sexual del trabajo tiene que ver con la preparación para el trabajo y el sostenimiento de la vida.

⁷ Datos de FIRA señalan que en la zafra de 2014-2015 Jalisco tuvo una producción de 75,494 Has; Nayarit 27,113 Has; Colima presentó 18,768 Has; Michoacán cultivó 15,155 Has. y Sinaloa 9,906 Has. (FIRA, 2015).

4.2 Masculinidad en el entorno rural

Baylina y Salamaña; citando a Little (1988) señalan que la geografía del género es la que examina las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales; reproducen y transforman no sólo los lugares donde se vive, sino también las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres. A la vez, estudia cómo las relaciones de género tienen un impacto en dicho proceso y sus manifestaciones en el espacio y el entorno (Baylina y Salamaña; 2006).

Es difícil definir el concepto de rural debido a que cada pueblo vive la ruralidad de distinta manera, no es lo mismo un poblado que colinda con un área metropolitana, a aquel que está en las montañas. La percepción de rural también puede variar según el país, región, localidad e incluso de forma individual (Baylina y Salamaña; 2006).

Es por ello que algunos enfoques proponen que un área no se clasifica en rural por su economía, densidad de población u otras características estructurales, sino porque las personas que residen en ella o la frecuentan la consideran rural (Baylina y Salamaña; 2006).

Para Echeverría lo rural son las prácticas que están más ligadas a lo tradicional y a pautas de comportamientos, donde se encuentra la conservación de familias nucleares, trabajos ligados a lo agrícola y al campesinado (Echeverría; 2006). Esto incluye al modelo de masculinidad tradicional en el que al hombre se le educa para ser autosuficiente, poderoso, fuerte, valiente, exitoso, pero sobre todo se le impone una diferencia muy marcada con las mujeres: ser hombre es todo lo contrario a ser mujer (Bonino; 2001).

Las continuidades en la reproducción de patrones de masculinidad tradicionales se encarnan en un conjunto de imágenes de género, de ritos, de discursos donde se puede observar una lucha entre diversas formas de representación (Valdés, 2000)

Para Valdés la reproducción simbólica y práctica de la masculinidad tradicional está basada en la sociedad rural tradicional de antaño; la del tiempo de las haciendas, donde los mecanismos de integración social contribuían a forjar un particular tipo de masculinidad dominante, a medida que la hacienda funcionaba con rasgos particulares en que dominación, servidumbre y paternalismo coexistían. Esto contribuyó a modelar entre patrones y personal de vigilancia una forma de despliegue de la masculinidad, asociada a las funciones de mando, jerarquía, poder y prestigio basadas en la lealtad (Valdés, 2000).

La gallardía, la valentía, la virilidad, la fuerza, las destrezas en el manejo del caballo, el prestigio asociado a faenas tales como los rodeos, el control social sobre las poblaciones y familias, la apropiación del cuerpo de las mujeres del inquilinaje por parte de los hacendados y el personal próximo a las funciones de mando, forman parte de este conjunto de atributos masculinos (Valdés, 2000).

Los cambios que se producen a partir de la aplicación del modelo neoliberal afectarán las formas de vida rurales, fundamentalmente imprimiendo una serie de consecuencias en términos de las relaciones sociales de género (Valdés, 2000).

Algunas autoras señalan que los cambios atribuidos al estereotipo de masculinidad rural tradicional no se deben a la modernidad, si no al cambio que las mujeres han generado en su entorno con la apropiación de espacios confinados a los hombres, Echeverría señala que “la construcción de la masculinidad en el espacio rural está sometido en forma gravitante, al proceso de la construcción del género femenino” (Echeverría; 2006), y para Valdés “Los hombres y los atributos de la masculinidad cambian porque cambian las mujeres” (Valdés, 2000).

Una investigación realizada en el medio rural de Perú con hombres de entre 18 y 55 años, se aprecia como los hombres de dichas comunidades asumen los roles de género de una forma naturalizada (Ramos,S/N).

Viendo su sexo decimos: había sido hombre, había sido mujer, de acuerdo a eso nosotros le damos el trato, las hijas mujercitas deben aprender, lo que su mamita, cocinar, todas cosas que hacen y, los hombrecitos deben aprender, deben hacer lo que un hombre hace, deben trabajar bien.

Siempre enseñamos que es más fuerte el hombre, (porque) está hecho de la tierra y en cambio la mujer es sólo de las costillas del hombre, por eso la mujer es menos.

Desde un aspecto familiar, el hombre debe demostrar su capacidad de proveedor, en el ámbito rural las labores productivas requieren del empleo de la fuerza física, el rol de proveedor está sustentado también en la mayor fuerza física del varón respecto de la mujer (Ramos, S/N,S/A).

El temor a ser señalado como “pisado”, es decir alguien que por sus roles y por su papel dominante no se distingue de las mujeres; o como “cornudo” o sea quién no supo controlar o resguardar la sexualidad de su mujer frente al acecho de otros hombres más viriles que él, persigue a los varones y crea condiciones desfavorables para las mujeres (Ramos, S/N,S/A).

Entre los hombres rurales la demostración de la virilidad es muy importante pero no sólo basándola en el resguardo de la sexualidad de su mujer, sino también en la procreación de hijos, para estos hombres es importante la descendencia de un hijo varón. Una razón de tener a los hijos es como tener un seguro para la vejez. Otra razón importante, es el de la herencia, planteando que el tener hijos es lo único que le daría sentido a trabajar para acumular bienes, en la medida que sabrían para quienes trabajan y quiénes darían continuidad a sus esfuerzos (Ramos, S/N,S/A).

Tener hijos representa el símbolo máximo de la unión conyugal y garantía de amor y estabilidad en la pareja (De Barbieri, 1992). Cualquier varón que desee realizar su paternidad biológica debe asegurarse una mujer dispuesta a gestar, parir y cuidar el fruto de la concepción. Pero, para poder reclamar derechos sobre ese producto, requiere controlar los cuerpos femeninos (Ramos, S/N,S/A). Ciertamente, en las áreas urbanas la separación entre la sexualidad y la reproducción es un proceso cada vez más avanzado, pero en las áreas rurales aún permanece este vínculo tradicional (Ramos, S/N,S/A). Con la incorporación de métodos anticonceptivos y la idea de que se puede decidir sobre el número de hijos, en las generaciones menores de cuarenta años se instalará la idea de placer sexual dissociado de la procreación y como un elemento significativo en la relación hombre/mujer (Valdés, 2000).

4.3 La forma de vida dentro del ámbito laboral de la caña

Los aspectos de la vida cotidiana de las familias jornaleras, son múltiples y tienen que ver con las relaciones de pareja, la crianza de los hijos, el rol asignado a niños y niñas, las responsabilidades de adultos y menores, la violencia intrafamiliar, la pobreza, un alto nivel de alcoholismo, los bajos niveles educativos, entre otras características como su condición étnica y sus costumbres. Las familias dedicadas a la zafra de la caña, encuentran en el sincretismo y en distintas manifestaciones religiosas, una vía para desahogarse de las desventuras padecidas en su transitar por el corte de la caña; además les permite adquirir un sentido de pertenencia como grupo.

La mayoría de familias jornaleras cañeras, se quedan en albergues construidos por el molino azucarero para el cual va destinado el producto que ellos van a trabajar. Estos albergues están formados por cuartos de 3 por 2.5 metros aproximadamente, en cada cuarto habita una familia conformada por cuatro o cinco miembros. El albergue es la zona donde los hombres descansan después de su larga y cansada jornada laboral, para los niños y las niñas es el lugar de esparcimiento y el aprendizaje a la vez que juegan, ayudan en distintas actividades. El albergue es también la morada donde las mujeres realizan las labores necesarias para la reproducción del grupo familiar. Algunas veces las actividades son compartidas; por ejemplo hay albergues donde las mujeres establecen acuerdos para cocinar un sólo alimento para todas las familias. Para la limpieza de los espacios comunes como los baños, regaderas y patio, las mujeres se van turnando o, en su defecto, se le paga a una mujer para que realice dichas tareas y esa es una forma de “emplearse”.

Los domingos que es el día de descanso de los hombres, algunos lo aprovechan para tomarse unas cervezas ya sea en compañía de los mismos hombres del albergue o de forma solitaria. Otros suelen salir a realizar las compras de la despensa.

4.4 La división sexual del trabajo y las conformaciones de género

La división del trabajo en el cultivo de la caña, se basa tanto en el sistema de género como, en la composición del grupo familiar y en el calendario agrícola. La mayoría de las personas que cortan la caña son varones, quienes consiguen cortar cuatro o más toneladas diarias en una jornada de hasta 12 horas; lo que implica un enorme esfuerzo físico, pero en ello incide la destreza adquirida a lo largo de la experiencia de trabajo en el cultivo. La mayoría de los varones adultos que logran tener este nivel de rendimiento han acompañado a sus progenitores y fueron aprendiendo a realizar las faenas diarias. Es aquí cuando el trabajo familiar adquiere relevancia ya que, en gran medida los trabajadores de mayor edad involucran en el trabajo a los hijos; de esa manera compensan sus rendimientos decrecientes (Avapxia, 2010), pero además, van formando en los hijos los conocimientos necesarios para su buen desempeño como cortador de caña en la vida adulta.

Al corte de caña en la parcela de cultivo no van mujeres, ya que éste se clasifica como un trabajo pesado y arduo. Ellas se quedan en el albergue cuidando a los/las hijos/as y realizando labores domésticas; son las encargadas de preparar el lonche que los hombres - trátese de esposos, padres, hermanos, primos, amigos- se llevarán al trabajo; deben asegurarse de tener la comida a las 12 pm., hora en que el “lonchero” pasa por la ración de alimento respectiva que llevará para los hombres que están cortando caña en la parcela. Socialmente el trabajo arduo y de manutención lo realiza el hombre mientras que el trabajo de la mujer es invisibilizado y, por lo tanto, es no remunerado. Sin embargo, su trabajo es esencial en el sistema de sobrevivencia del grupo familiar ya que sin su aporte se tendría que pagar por los servicios que ella realiza lo que reduciría el salario de los varones. Es por ello que cada miembro de la familia tiene una función específica dentro del cultivo de la caña.

La difícil condición socioeconómica y la pobreza son de las causas principales las que el trabajo de niños y niñas está presente en el corte de caña. Las actividades que realizan pasan desapercibidas ya que se parte del hecho que quienes trabajan son personas adultas; por tanto, no se les considera trabajadores sino aprendices. Las niñas mayores de 8 años ya pueden realizar casi todos los trabajos domésticos y actividades asociadas al cultivo de la caña. De igual manera, los niños mayores de 9 años ya cuentan con la experiencia para participar en toda la jornada laboral: cortan, cargan caña y hasta reparten el agua pero no se les reconoce ni otorga salario alguno.

Como se mencionó párrafos arriba, el trabajo de las mujeres al interior de los grupos familiares se invisibiliza, porque es un aprendizaje social de minusvalorización de lo femenino. En el ámbito rural esta situación se refuerza y profundiza a pesar de la importancia de su aporte en el trabajo doméstico y en la realización de las actividades necesarias para que los demás miembros que participan en el trabajo asalariado realicen sin contratiempos su jornada. Además, las mujeres también están involucradas, ya sea en forma directa o indirecta, en actividades agropecuarias, desde reunir herramientas, lavar y afilar machetes, e incluso hay quienes ayudan en el corte. Las largas jornadas de trabajo que desempeñan generalmente son invisibilizadas también por ellas mismas: "yo no voy a trabajar, mi marido es quién trabaja; cuando estamos allá en la casa, yo le ayudo, voy a regar el coamil o pastar los animales" (Morales, 2015).

Esta percepción responde al sistema de género que, basado en el sexo, impone una división de espacios, posiciones y roles en la sociedad. Así, el ámbito público del trabajo, es principalmente, asignado para el actuar de los hombres; aunque ha aumentado sustancialmente la participación de las mujeres, ésta, no es reconocida de igual manera ya que se considera que su acción primordial se da en el ámbito privado de la reproducción y cuidados.

La contribución de la mujer en el trabajo asalariado dentro de las actividades agropecuarias se oculta en el reemplazo, dando lugar a que no figure el nombre de ella, sino el del marido, padre o hermano mayor, por lo tanto, el pago se realiza directamente a ellos. Lo mismo sucede con el trabajo infantil.

Paula Morales, esposa del cabo encargado de la cuadrilla asentada en el poblado de San Leonel, Nayarit, señala "Mi esposo prefiere contratar personas que viajen con familia, porque es más duro para irse, uno -jornalero- que viene solo, rápido se va, nomás ahorra para su pasaje y se larga a la chingada, si viene con la familia acá se está y pues ellos le ayudan".

Lo expresado por Paula Morales no ocurre sólo en el contexto nayarita o mexicano. En una investigación realizada en los surcos cañeros de Argentina una mujer llamada Isabel señala que ni ella, ni los niños o niñas se ocupan de trabajar con la caña de azúcar, ella hacía sus quehaceres domésticos, atendía a sus hijos. Al igual que su esposo, Isabel pensaba que las labores de la caña no eran adecuadas para las mujeres (De Arce, S/F).

A pesar de estas percepciones tan generalizadas se calcula que la tercera parte del trabajo total del grupo familiar lo realizan los infantes y las mujeres. Además, las mujeres realizan otras actividades, como la artesanía y cría de animales de traspatio y recolección de frutos, para complementar la economía familiar.

Estos mismos patrones se van repitiendo en el rol familiar; a los niños desde muy pequeños se les van inculcando las "labores cañeras", se les enseña a afilar el machete, más grandecitos se empiezan a ir al corte de caña junto con los padres o algún otro familiar, donde aprenden el oficio de cortadores.

Niños y niñas aprenden por imitación y mimetismo a funcionar sobre la base de estos parámetros, sin que nadie se lo enseñe expresamente. Estas “enseñanzas” implícitas juegan un papel fundamental a la hora de hacer elecciones académicas o profesionales, y más tarde condicionarán de forma implacable el tránsito de la vida adulta y activa y el proyecto de vida (Simón, 2007).

Freidin (1999) señala que Riley y Gardner argumentan que existe una relación significativa entre edad, género, y cómo se van jugando papeles diferentes a lo largo del ciclo vital en cuanto a la capacidad de acción. Así, en la etapa de la niñez y de la primera adolescencia, la edad es más importante que el género, ya que tanto unos como otros dependen de las decisiones de los mayores; pero una vez superada esta etapa de la vida, aparecen diferencias importantes por género en la toma de decisiones (citado por Giarracca, Bidaseca y Mariotti, 2001: 327). Los niños adoptan patrones y actividades rutinarias para crear su identidad y formarse como “hombres”. Alexi Jiménez un niño de 12 años originario de Oaxaca, migra con su familia a Nayarit al corte de caña, argumenta que saliendo de la escuela (a las 12 pm) se pone su ropa de trabajo y espera al “lonchero” para irse con él a la parcela. Trabaja cortando caña desde la 1 hasta las 5 de la tarde: “primero afilo el machete y luego me voy a cortar, hago como 8 montones de caña y ya”. Cuando se entrevistó a Alexi se le preguntó si le gusta ir a la escuela, contestó que le gusta estudiar para aprender y así tener un trabajo digno. Cuando se le pregunta a él en compañía de otros compañeros de la Escuela de educación migrante Trigomil ¿qué quieren ser de grandes?, responden casi al unísono, que como sus papás: cortadores.

Al entrevistar a Jesús Vicente de 10 años, originario de Oaxaca y que se asienta con su familia en el albergue cañero de San Leonel, dice que ayuda a su papá en el corte de caña y cuando se queda en el albergue (por las tardes después de la escuela) le ayuda a su mamá a recoger la basura. Cuando sea grande él quiere ser ingeniero en sistemas, a diferencia de su compañera Priscila Hernández (están en el mismo salón de clases) que quiere ser maestra de kínder. Quizás la aspiración de Priscila surja por su tránsito en la escuela y también por la repartición de alimentos ya que ella resalta que en su familia el que come mejor es su papá, y, su mamá le dice que es porque él es el que está trabajando.

Bajo los patrones cotidianos de conducta se puede apreciar como los niños van formando sus identidades en torno a una conducta fuerte, porque es lo que se espera de ellos para llegar a ser como sus padres. Cuando a los niños y niñas de los albergues cañeros, se les pidió que realizaran un dibujo sobre cómo es su vida en el albergue o algo que les gustara de él, se apreció que algunos niños tienen tan marcados los roles y estereotipos de género que rechazaban usar el color rosa o morado porque lo consideraban “color de niña”.

Figura 4 José Guadalupe, 11 años. Albergue Trigomil, Nayarit



Figura 4.1 Joaquín, 6 años. Albergue San Leonel

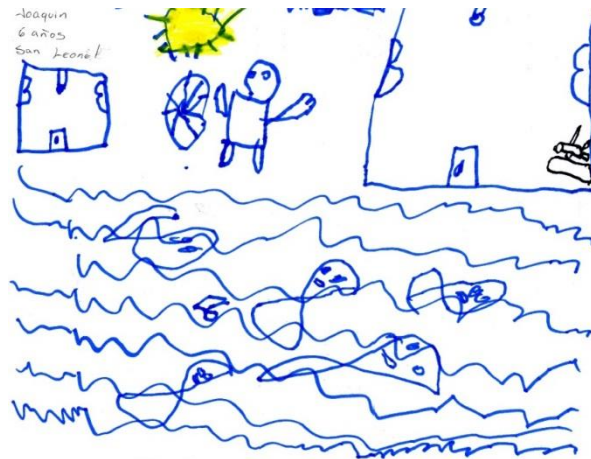
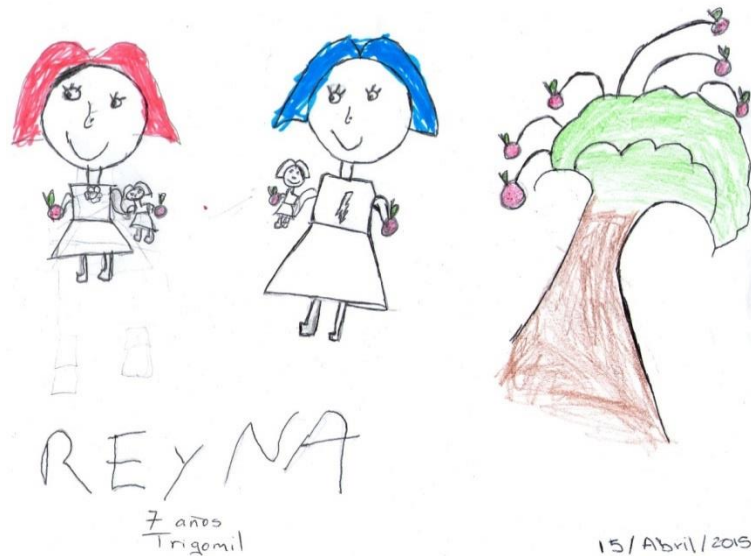


Figura 4.2 Job, 6 años. Albergue San Leonel



Figura 4.3 Reyna, 7 años. Albergue Trigomil



Como se puede apreciar en los dibujos, los hombres utilizan colores masculinizados y expresan ideas socialmente referidas a su género: carros, el cultivo, jugando futbol, conformando una pareja. Las niñas en cambio realizan dibujos más coloridos, se dibujan con muñecas y compañeras; y árboles frutales. Lo que indica que se asumen como cuidadoras y dadoras de vida.

4.5 La identidad Masculina en el cultivo de la caña

La interiorización de las relaciones de género contribuye a la construcción de la identidad, pero la elaboración propia de esas relaciones, contribuye a que éstas permanezcan o se transformen. Es así, que si los niños van introyectando los requisitos que deben cumplir para ser hombres en el cultivo de la caña, lo más probable es que sigan dentro de ese marcateje y reproduzcan los mismos comportamientos de sus padres.

Una de las principales características de la construcción de la identidad masculina se relaciona con el trabajo. Dentro del cultivo de la caña el desempeño de los hombres está especialmente centrado en él, su papel principal consiste en ser el proveedor de la familia. Además, existe la necesidad de alcanzar un alto desempeño en la actividad desarrollada pues ello marca el éxito o fracaso. Es por eso que demostrar ser el que más toneladas de caña corta, es demostrar que se es más hombre, lo que conllevará admiración, respeto y deseos de imitación. Este tipo de masculinidad atrae tanto a mujeres como hombres, lo que puede implicar que representa un tipo ideal de masculinidad en el que el hombre es fuerte, dominante y trabajador.

Este comportamiento también se puede explicar considerando la segunda creencia del Modelo Masculino Tradicional (MMT) propuesto por Bonino (2001), que es la creencia bélica, cuyos principales atributos consisten en ser fuerte y valiente y para ello se tiene que ser resistente, defendiéndose y atacando es decir; competir en todo momento. Además, esta creencia hace incompatible la igualdad entre los miembros de la comunidad, debido a que los varones tienden a pensar que el otro es un rival a doblegar y con ello lograr lo más importante para él, que es triunfar.

4.6 Conclusiones

Los diversos lugares y tiempos forman parte de los recuerdos, las querencias y los sinsabores, y marcan aspectos sustanciales en la vida de niños y niñas, que viajan al lado de sus familias al corte de caña. Su infancia transcurre entre los cañaverales, la ceniza, el tizne y los machetes.

Las familias cañeras se caracterizan por ser funcionales a los cultivos comerciales, toda vez que, como parte de preparación para la vida, incluyen a niños y niñas al trabajo. De esa manera el productor cañero contrata al jefe de la familia a sabiendas que su trabajo incluye la mano de obra de más personas del núcleo familiar, pero es una forma de invisibilizar el trabajo infantil y femenino.

Niños y niñas, realizan trabajos que requieren una cierta capacidad de detalle y trabajos que se consideran fáciles pero contribuyen de manera significativa en el producto total que reporta el jefe de familia. Los niños se enorgullecen de saber afilar de manera perfecta el machete, mejor que las niñas que de preferencia deben sólo lavarlos. Los padres incentivan y valoran la participación de los niños, ya que serán “los nuevos trabajadores” del núcleo familiar: En las familias cañeras, familias pobres que viven de su trabajo físico, la mejor herencia que los padres pueden dejar a sus hijos varones, es el conocimiento de qué hacer y cómo hacer el trabajo. Es por ello que, bajo los patrones cotidianos de conducta, los niños van formando sus identidades en torno a una conducta fuerte, porque es lo que se espera de ellos para llegar a ser como sus padres. En cambio a las niñas, los padres no las entrenan porque serán como su madre, las cuidadoras, por eso a ellas las enseña la madre. Dentro del corte de caña el machete es un símbolo de masculinidad. Es el instrumento de trabajo máspreciado en la zafra; lo ha sido desde antes de que hubiera ingenios, cuando se trabajaba en los trapiches. Es el máximo símbolo identitario: un cortador de caña no puede representarse como tal si no tiene al lado un machete.

Por otro lado, el trabajo cobra sentido a través del cuerpo, éste, se convierte en la principal herramienta que posibilita la adecuación necesaria para ser cortador de caña: hay que irlo preparando desde edades tempranas para obtener destreza y agilidad con el machete. A su vez, la agilidad de dominar el machete también permite ejercer un poder simbólico sobre los otros varones del grupo. De este modo, el cuerpo es más que el espacio físico que lo configura, es un cuerpo social que transmite masculinidad. Va siendo modelado por y para cierto tipo de trabajo. El cuerpo del trabajo configura un modelo a seguir, el hecho de observar un “buen cuerpo cortador”, recrea actitudes y comportamientos que los niños deben desentrañar, observar y crear a base de imitación.

4.7 Referencias

Avapxia (2010). La jornada de trabajo y el salario. Disponible en <https://viruzbader.wordpress.com/2010/04/24/la-jornada-de-trabajo-el-el-salario/>. Consultado el 16 de mayo de 2015.

Baylina, Mireia y Salamaña, Isabel (2006). El lugar del género en geografía rural. Disponible en <file:///C:/Users/DarKiller/Downloads/Dialnet-ElLugarDelGeneroEnLaGeografiaRural-1958888.pdf>. Consultado el 16 de mayo de 2015.

Bonino, Luis (2001). “La masculinidad tradicional, obstáculo a la educación en igualdad”. En Congreso nacional de educación en igualdad. Santiago de Compostela: Xunta.

Connell, Robert W (1997 [1995]). “La organización social de la masculinidad”, En: Valdes, Teresa y José Olavarría (eds.). Masculinidad/es: poder y crisis, Cap. 2. Santiago: ISIS FLACSO/ Ediciones de las Mujeres N° 24.

De Arce, Alejandra (2013). “Género y trabajo en los surcos Tucumanos”. En XIV Congreso Internacional de historia agraria, Sociedad española de historia agraria, 7-9 de noviembre. Sociedad Española de Historia Agraria, Área de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Extremadura, Badajoz, España.

Echeverría, Genoveva (2006). “Una aproximación a la construcción de la masculinidad en varones heterosexuales casado y con hijos, de la comuna urbano-rural de Lampa, que emerge del discurso que estos tienen de lo femenino”. Disponible en <http://bibliotecadigital.academia.cl/bitstream/handle/123456789/2390/tpsico205.pdf;jsessionid=7DA1E1053A99B9B6BFC62A63FDA960DD?sequence=1>

FIRA (2015). Panorama Agroalimentario. Azúcar 2015. Disponible en https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/61947/Panorama_Agroalimentario_Az_car_2015.pdf Consultado el 12 de enero de 2016.

Giarracca, Norma, Bidaseca, Karina y Mariotti, Daniel (2000). “Trabajo, migraciones e identidades en tránsito: los zafreros en la actividad cañera tucumana”. En ¿Una nueva ruralidad en Argentina? Buenos Aires: CLACSO. Disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100929021109/15bidaseca.pdf>. Consultado el 12 de junio de 2015

Morales, Paula (2015). Entrevista a profesora. San Leonel, municipio de Santa María del Oro, Nayarit. Entrevista realizada por María Elena Hernández..

Ramos Padilla, Miguel Ángel (s/f). “Masculinidad y reproducción en comunidades indígenas Peruanas”. Disponible en <http://www.flacsoandes.edu.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=23543>. Consultado el 16 de abril de 2015.

SAGARPA (2012). Estudio de gran visión para la identificación de necesidades de riego y drenaje en las zonas de abasto cañeras y propuestas de tecnificación en zonas potenciales como base para el desarrollo de proyectos de inversión. Disponible en http://www.infocana.gob.mx/materiales/Estudios/INFORME_FINAL.pdf. Consultado el 16 de mayo de 2015.

Simón, Ma. Elena (2007). “Tiempos y espacios para la coeducación”. En Santos Guerra, Miguel Ángel. El harén pedagógico. España: GRAO.

Valdés, Ximena (2000). “Masculinidad en el mundo rural: Realidades que cambian, símbolos que permanecen”. Disponible en <http://www1.gorecoquimbo.gob.cl/pmgGenero/silvoagropecuario/02.pdf>. Consultado el 12 de junio de 2015.

Zafranet. S/F. “Productores Cañeros”. Disponible en <http://www.zafranet.com/productores-caneros/>. Consultado el 14 de mayo de 2015